

# Los dioses falsos

por el presidente Spencer W. Kimball

**T**engo entendido que el sentido que se relaciona más cercanamente con la memoria, es el del olfato. Si así fuera, entonces tal vez explicara muchos de los hermosos sentimientos que de mí se apoderaron en varias oportunidades en que por la mañana salí por unos momentos, y logré sumergirme en los cálidos recuerdos de mi niñez y juventud, al llenar mi pecho con los dulces aromas consustanciados con el suelo y la vegetación de la buena tierra.

En diversos momentos, y algunas veces en oportunidades muy especiales, algún aroma particular, tal vez sólo el del pasto verde o el peculiar olor de la salvia que desde la distancia trae la brisa, me transporta a aquellos lejanos días de mi juventud en el estado de Arizona. La tierra era árida, pero aun así, fructífera al influjo de manos determinadas y laboriosas.

Trabajábamos la tierra y criábamos ganado, en toda clase de condiciones climáticas. En aquellos tiempos se viajaba a caballo, en carreta o a lo sumo en calesas. Con mis hermanos solíamos correr como el viento por los huertos, por los polvorientos caminos, por las filas de maíz, de rojos tomates, de cebollas y calabazas. Supongo que es natural pensar que en aquellos días teníamos una vida más elemental, más cercana a la naturaleza.

Hace un tiempo tuve la oportunidad de ver, en el preciso momento de salir hacia la calle, el cielo cubierto por enormes y oscuras nubes de una precipitada tormenta de verano. Cuando las grandes y pesadas gotas de lluvia comenzaron a repiquetear en el polvoriento suelo con creciente rapidez, no pude menos que recordar las esporádicas tardes de verano de mi niñez, en las que se formaban tremendas tormentas que llevaban repentinamente la tan deseada lluvia que ansiosamente esperaba el sediento suelo del valle. Nosotros los niños, corríamos inmediatamente en busca de protección, y

mientras los relámpagos llevaban a cabo su refulgente danza, nos sentábamos a mirar embelezados, aquella maravilla natural y la creciente acumulación del agua que, como un milagro, provenía de aquel maravilloso espectáculo. Cuando la paz y la calma calmaban el ambiente después de la tormenta, casi podíamos "ver" el límpido y fresco aire repleto de dulces aromas del suelo, de los árboles y de las plantas de los huertos.

Había tardes en aquellos lejanos tiempos cuando, mientras volvía del campo con las vacas, al atardecer, me detenía recordándome en una vieja y gastada cerca, donde a menudo permanecía silencioso acompañado sólo por la penumbra del crepúsculo y la fragancia de los girasoles, y me preguntaba: "Si fueras a crear un mundo, ¿cómo lo harías?" Hoy, después de algunos años y algunas experiencias, la respuesta se hace clara y natural: "idéntico a éste".

Parece extraño, entonces, que ese día especial en que cargado de hermosos recuerdos, me detuve a observar la repentina tormenta de verano sentí, tal como lo siento ahora, que la tierra en la que vivimos es un mundo maravilloso.

No obstante, en aquella ocasión en que tantos gratos recuerdos llenaron mi corazón, hubo también otra impresión que asaltó mis pensamientos. Las oscuras y amenazantes nubes que parecían colgar tan bajas sobre el valle, parecían forzar mis pensamientos al tema que ha preocupado a las Autoridades Generales de la Iglesia durante tantos años y que en realidad fue también de especial preocupación para los profetas escogidos del Señor desde la creación del mundo. Me refiero al estado general de maldad en que se encuentra el mundo en estos peligrosos, aun cuando cruciales momentos de la historia; y pensando sobre esto, no puedo menos que recordar aquel gran principio general que establece que donde mucho es dado, mucho es también requerido. (Véase Lucas 12:2:48.)



*Nuestra asignación es positiva:  
olvidar las cosas del mundo como  
fines de nuestra existencia;  
abandonar la idolatría y  
desarrollar la fe; llevar el  
evangelio a nuestros enemigos para  
que de esa forma dejen de ser  
nuestros enemigos.*

El Señor nos brindó un mundo selecto que pudiéramos habitar, y a cambio espera que le paguemos mediante la justicia y la obediencia a sus mandamientos. Pero cuando paso revista de la actuación de los pobladores de esta tierra, confrontándola con lo que de ellos espera el Señor, me invade un sentimiento de terror. Veo que abunda la iniquidad y que el destructor parece aprovecharse completamente del tiempo que le queda en éste, el gran día de su poder. La maldad parece engullirnos como si fuera una gigantesca ola, y podemos ver y sentir que en verdad estamos viviendo en condiciones similares a las que existieron en los días de Noé, poco antes del gran diluvio.

Durante los años en que he viajado en cumplimiento de mis varias asignaciones de la Iglesia, he tenido la oportunidad de observar hermosos lugares del mundo y volar sobre enormes y vastas bellezas de nuestro planeta. Al comparar esas bellezas con muchas de las oscuras y miserables prácticas de los hombres, me invade el sentimiento de que la buena tierra apenas puede soportar nuestra presencia sobre ella. Recuerdo la oportunidad en la que Enoc oyó el lamento de la tierra que decía: "¡Ay; ay de mí, la madre de los hombres! ¡estoy afligida, estoy fatigada por causa de la iniquidad de mis hijos! ¿Cuándo descansaré y quedará limpia de la impureza que de mí ha salido?" (Moisés 7: 48).

Las autoridades de la Iglesia han estado denunciando constantemente aquello que es intolerable a la vista del Señor: han denunciado la contaminación mental, física y del medio ambiente; han denunciado la vulgaridad, el robo, la mentira, el orgullo y la blasfemia; han predicado condenando la fornicación, el adulterio, la homosexualidad, al igual que todos los demás abusos cometidos en contra del sagrado poder de la procreación; condenando el asesinato y todo aquello que sea similar; la Iglesia ha predicado siempre en contra de todos los tipos de profanación.

El hecho de que esta clase de denuncias sea necesaria entre gente tan bendecida como nosotros, me resulta totalmente inconcebible; y el hecho de que tales cosas puedan ser encontradas hasta cierto grado aun entre los santos, se hace difícil de creer ya que se trata del pueblo que tiene en su posesión muchos de los dones del Espíritu, que tiene el conocimiento que le presenta las eternidades en una clara perspectiva, el pueblo al que se le ha mostrado el camino hacia la vida eterna.

Con dolor aprendemos, no obstante, que el conocer el camino no significa necesariamente que caminemos por él, y muchos son incapaces de continuar por dicho camino en la fe. Esos son quienes se han entregado en un grado u otro a las tentaciones de Satanás y sus siervos, y se unieron con los del mundo, consagrando su vida a una progresiva e irremediable idolatría.

Utilizo en forma intencional la palabra idolatría, ya que cuanto más estudio las Escrituras antiguas, más convencido estoy del profundo significado que hizo que el primero de los Diez Mandamientos, ocupara su lugar de importancia: "No tendrás dioses ajenos delante de mí".

Podemos asegurar que muy pocas personas han decidido a sabiendas y en forma deliberada, rechazar a Dios y sus bendiciones. De las Escrituras aprendemos que, como consecuencia de que el ejercicio de la fe ha sido siempre más difícil que confiar en los bienes que se encuentran al alcance de la mano, el hombre carnal ha tenido siempre la tendencia de transferir su confianza de Dios hacia las cosas materiales. En todas las

épocas de la historia por lo tanto, cuando los hombres cayeron bajo el poder de Satanás y perdieron la fe, pusieron en su lugar la esperanza en el "brazo de la carne" al igual que en "Dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni saben..." (Daniel 5: 23), o sea, en ídolos. Este es el tema predominante del Antiguo Testamento. Cualquiera cosa en la que el ser humano ponga su corazón y su confianza, pasa a ser su Dios, y si su Dios no es el Dios verdadero y viviente de Israel, esa persona se encuentra en idolatría.

Creo firmemente que cuando leemos estas Escrituras y tratamos de "aplicarlas • a nosotros mismos", como lo sugiere Nefi (1 Nefi 19: 24), podremos ver muchos paralelos existentes entre la antigua adoración de ídolos y las normas de comportamiento relacionadas con nuestra propia experiencia.

El Señor nos ha bendecido como pueblo, con una prosperidad inigualada en la historia. Los recursos puestos a nuestra disposición son buenos y necesarios para nuestro trabajo aquí sobre la tierra. Pero, me temo que muchos de nosotros nos hemos apartado rebaños, manadas, tierras, graneros y toda clase de riquezas, habiendo comenzado a adorarles como dioses falsos que cada vez ejercen un poder más firme y determinado sobre nosotros. ¿Poseemos acaso más bienes de lo que nuestra fe puede soportar? Mucha es la gente que dedica la mayor parte de su tiempo laborando al servicio de su propia imagen, lo que incluye suficiente dinero, acciones, inversiones, propiedades, créditos, mobiliarios, automóviles y demás riquezas similares, que les garantizan la seguridad carnal a lo largo de lo que esperan sea una vida larga y feliz.

Se olvida así el hecho de que nuestra asignación es la de utilizar esa abundancia de recursos en nuestra familia y quórums; para desarrollar el reino de Dios, para llevar a cabo el esfuerzo misional, la obra genealógica y del templo; para criar a nuestros hijos como fieles y fructíferos siervos del Señor; para bendecir a otros en toda forma posible para que ellos también puedan ser fructíferos. Pero en lugar de así hacerlo, disipamos estas bendiciones para satisfacer nuestros propios deseos, y tal como lo dijo Moroni: "¿Por qué os adoráis con lo que no tiene vida, y sin embargo, permitís que el hambriento, el necesitado, el desnudo, el enfermo y el afligido pasen a vuestro lado, sin hacerles caso?" (Mormón 8: 29). También el Señor lo dijo en nuestros tiempos:

"No buscan al Señor para establecer justicia sino que todo hombre anda por su propio camino, y conforme a la imagen de su propio Dios, cuya imagen es a semejanza del mundo, y cuya sustancia es la de un ídolo, que se envejece y que perecerá en Babilonia, aun la grande Babilonia que caerá." (D. y C. 1: 16.)

Cierta vez conocí a un hombre que fue llamado a ocupar una determinada posición de servicio en la Iglesia, que él rechazó porque consideraba que sus inversiones requerían un tiempo y esfuerzo que no podía distraer dedicándolo a la obra del Señor. Así fue que dejó el servicio del Señor para ir en busca de Mamón, y en la actualidad es millonario.

Pero hace poco me enteré de un hecho muy interesante: si un hombre posee oro por valor de un millón de dólares al precio actual, poseerá aproximadamente una vigésima séptima billonésima parte de todo el oro existente en la corteza terrestre. Esta suma es tan pequeña en proporción a la tierra, que se hace totalmente inconcebible a la comprensión humana. Pero hay más aún: el Señor, quien creó y tiene poder sobre toda la tierra, creó muchas otras tierras o planetas, aun

"mundos sin número" (Moisés 1:33); y cuando el hombre recibió el juramento y convenio del Sacerdocio (D. y C. 84:33-44), recibió también una promesa del Señor con respecto a "... todo lo que mi padre tiene..." (versículo 38). El desdenar todas esas grandes promesas a favor de un cofre de oro y un sentido de seguridad carnal, constituye un error de juicio y perspectiva de proporciones colosales. El solo hecho de pensar que mi conocido se conformó con tan poco me produce verdadera tristeza; las almas de las personas son extremadamente más preciosas que esto.

En otra oportunidad en que se llamó a un joven para que cumpliera una misión, éste contestó que en realidad no tenía mucho talento para tal clase de cosas. Lo que él podía y quería hacer era mantener su nuevo automóvil deportivo en condiciones impecables. En realidad disfrutaba enormemente de la sensación de poder y aceleración que le brindaba su coche; y cuando se encontraba con ese poderoso y continuo movimiento a su alcance y bajo su control, sentía la ilusión de verse realizado, de lograr algo específico. Su padre decía muy a menudo: "A él le gusta trabajar con las manos. Eso le es suficiente".

¿Suficiente para un hijo de Dios? Ese joven jamás comprendió el hecho de que lo que él consideraba el gran poder que poseía su automóvil, es infinitamente pequeño al compararse con el poder del mar, o del sol. Tampoco comprende ni comprendió jamás que hay muchos soles, que todos están controlados por la ley y por el Sacerdocio, y que éste es un poder que él podría encontrarse desarrollando al servicio del Señor. En realidad, él se conformó con una lastimosa e insignificante pequeñez, con un conjunto bien combinado de acero, plásticos y fulgente cromo.

Conocí en una oportunidad a una pareja de cierta edad que se había jubilado de su trabajo así como también de la Iglesia. Compraron un vehículo nuevo y una casa rodante, y con tal equipo se liberaron de todas las obligaciones sociales y se dedicaron a ver el mundo y a disfrutar por el resto de sus días, de lo poco que habían acumulado. Jamás tuvieron tiempo para trabajar en el Templo y estaban muy ocupados con su paseo para involucrarse en la investigación genealógica y el servicio misional. El perdió todo contacto con su quorum de sumos sacerdotes y por supuesto, jamás estuvo suficiente tiempo en la casa como para disponerse a trabajar en su historia personal. La experiencia, tanto como la habilidad directiva de dicha pareja, eran extremadamente necesarias en su rama, pero incapaces de comprender el verdadero motivo de la vida, jamás estuvieron disponibles para brindar la ayuda que sólo ellos podían ofrecer.

Recuerdo un artículo que leí hace algunos años acerca de las experiencias vividas por un grupo de cazadores de monos. Habían llevado a cabo distintas técnicas para atrapar a los monos sin dañarlos, lo cual incluía por supuesto las redes. Pero habiendo llegado a la conclusión de que las redes podían lastimar a algunos de los monos más pequeños, arribaron a lo que podríamos llamar una solución ingeniosa. Construyeron una cantidad de pequeñas cajas en la parte superior de las cuales abrieron un orificio que era apenas lo suficientemente grande como para que un mono introdujera su mano. Dispusieron entonces las cajas debajo de los árboles en la selva, poniendo en cada una de ellas una clase de nuez que los monos aprecian sobremanera.

Cuando los hombres se retiraron después de colocar las cajas, los monos comenzaron a bajar de los árboles y a exa-

minarlas. Al descubrir las nueces dentro de las cajas, por supuesto introdujeron la mano para alcanzarlas. Pero una vez que la agarraban, cuando trataban de sacar la mano les resultaba imposible hacerlo ya que ésta, al contener la nuez, o sea estando con el puño cerrado, resultaba demasiado grande para salir por el mismo orificio de la caja por el cual había entrado.

En ese momento, los cazadores salieron del escondite en que se encontraban y convergieron sobre los monos. Entonces fue cuando se comprobó la curiosa e ingeniosa teoría: cuando los monos vieron aproximarse a los hombres, gritaron, saltaron y se conmovieron de desesperación con la sola idea de escapar; pero a pesar de lo fácil que habría resultado hacerlo, jamás se les pasó por la mente sacar la nuez para poder sacar la mano de la caja y escapar. Jamás soltaron su presa, no pudieron sacar la mano y fueron fácilmente capturados y llevados al cautiverio.

Lo mismo parecería suceder muy a menudo con la gente que tanto se afana en mantenerse firmemente aferrada a las cosas de este mundo —que es terrenal— que no existe ninguna clase de urgencia, ningún grado de emergencia que pueda disuadirlos de que abandonen los bienes mundanos para estar en condiciones de lograr los celestiales. Satanás los posee entonces con firmeza. Si insistimos en dedicar completamente nuestro tiempo y recursos al desarrollo de nuestro reino mundano, esa es precisamente la clase de reino que habremos de heredar.

A pesar del placer intelectual que nos provoca describirnos como *modernos*, al igual que nuestra tendencia a pensar que poseemos una cultura y tecnología jamás igualada en el pasado, somos en general, un pueblo idólatra, condición en extremo repugnante ante los ojos del Señor.

Somos un pueblo guerrero que fácilmente se distrae de su asignación de prepararse para la venida del Señor. Cuando tenemos que enfrentarnos a un enemigo, dedicamos vastos recursos a la fabricación de los dioses de piedra y acero; barcos, aeroplanos, cohetes, fortificaciones; y de todas estas cosas dependemos para nuestra protección y liberación. Cuando nos sentimos amenazados, formamos un frente común en contra del enemigo en lugar de alinearnos en batalla en el reino de Dios. Entrenamos a un hombre en el arte de la guerra y lo tildamos de patriota, falsificando así el verdadero patriotismo al estilo de Satán, y pervirtiendo las enseñanzas del Salvador;

"Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen;

para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos." (Mateo 5:44-45.)

Olvidamos el importante hecho de que si somos justos, el Señor hará una de dos cosas: o no permitirá que nuestros enemigos hagan guerra contra nosotros —y ésta es una promesa especial hecha a los habitantes del continente americano (véase 2 Nefi 1:7)— o, Él peleará nuestras batallas por nosotros (Éxodo 14:14; D. y C. 28:37, para mencionar tan sólo dos de las muchas referencias). Sabemos que El puede hacerlo, ya que en el momento en que lo traicionaron dijo:

"¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que El no me daría más de doce legiones de ángeles?" (Mateo 26:23.)

Podemos imaginar lo temibles que esos ángeles pueden

llegar a ser como soldados. El rey Josafat y su pueblo fueron liberados por tal tipo de ejército (véase 2 Crónicas; 20), y cuando fue amenazada la vida de Elíseo, él consoló a su criado diciéndole: "... no tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos" (2 Reyes 6:16). Inmediatamente, el Señor abrió los ojos del criado "... y miró; y he aquí que el monte estaba lleno de gente de a caballo, y de carros de fuego alrededor de Elíseo" (versículo 17).

También Enoc fue un hombre de gran fe que no habría de ser distraído ni desviado de sus responsabilidades por el enemigo:

"Y tan grande fue la fe de Enoc que dirigió el pueblo de Dios; y sus enemigos salieron a la batalla contra ellos; y dio voz a la palabra del Señor, y tembló la tierra, y huyeron las montañas, aun de acuerdo con su mandato; y los ríos se desviaron de sus cauces, y se oyó el rugido de los leones en el desierto; y todas las naciones temieron en gran manera, tan poderosa así fue la palabra de Enoc, y tan grande así el poder de la palabra que Dios le había dado." (Moisés 7: 13.)

¿Qué habremos de temer cuando el Señor está con nosotros? ¿No podemos acaso confiar en la palabra del Señor y ejercitar una partícula de fe en El? Nuestra asignación es positiva: olvidar las cosas del mundo como fines de nuestra existencia; abandonar la idolatría y desarrollar la fe; llevar el evangelio a nuestros enemigos para que de esa forma dejen de ser nuestros enemigos.

Debemos hacer abandono de la adoración de los ídolos modernos y debemos dejar de confiar en el "brazo de la carne", ya que el Señor ha dicho al mundo en nuestro día "... no perdonaré a ninguno que quedare en Babilonia" (D. y C. 64: 24).

Cuando Pedro predicó tal tipo de mensaje al pueblo en el día de Pentecostés, muchos de ellos "... se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?" (Hechos 2: 37).

Y Pedro respondió: "... arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (versículo 38).

Al acercarnos rápidamente hacia el año 2.000, nuestro mensaje continúa siendo "el mismo que dio Pedro, y aun, el que el Señor mismo presentara cuando dijo:

"... hasta los extremos de la tierra, para que oigan todos los que quieran oír.

Preparaos, preparaos para que lo que viene, porque el Señor está cerca." (D. y C. 1: 11-12.)

La forma en que cada persona y cada familia deben prepararse de acuerdo con lo especificado por el Señor, es comenzando a ejercitar una fe más grande, a arrepentirse y a entrar en el trabajo de su reino sobre la tierra, que es la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Al principio puede resultar algo difícil, pero cuando alguien comienza a percibir y comprender el verdadero trabajo del evangelio, cuando comienza a vislumbrar algo de la eternidad en su verdadera perspectiva, entonces es cuando las bendiciones comienzan a sobrepasar el precio que deben pagar por dejar atrás "el mundo".

Aquí es donde encontramos la única y verdadera felicidad, por lo cual invitamos y damos la bienvenida a todas las personas, dondequiera que se encuentren, a que se unan a esta obra. Para aquellos que están determinados a servir al Señor a toda costa y a cualquier precio, éste es el camino de la vida eterna. Todo lo demás es sólo un medio para lograr el fin.